pues de tales cosas, Él se ha dejado ver sobre la tierra y ha conversado con los hombres (1).»

Pero todos estos rasgos convergen á otro mas capital, en quien se elevan á un misterio mas sublime aun: el misterio de la Redencion.

(1) Baruch, III, 33, 38.

VIII.

EL CRISTO CRUCIFICADO REDENTOR DE LA RAZA HUMANA Y PACIFICADOR DE TODOS LOS SÉRES.

Llégale aquí la vez á esta verdad; que Jesucristo *es para el mundo*, disputando el paso á la otra verdad de que *el mundo es para Jesucristo*.

Ya hemos esplicado esta última en el capítulo IV, mostrando á Jesucristo como fin de la Creacion, heredero de todas las cosas y director de los destinos del universo. Hubiéramos podido tambien comenzar por el Principado universal de Jesucristo, como siendo la conquista de este gran sacrificio por el cual venció al pecado y salvó al mundo. Pero creemos estar mas en lo cierto diciendo que es el Señor del Universo, por derecho de nacimiento y por derecho de conquista.

Por derecho de nacimiento, es el *Primogénito de toda criatura*, para quien han sido hechas todas las cosas. El Verbo Creador debia tomar al mundo en nuestra humanidad, y *recapitulando en Sí todas las cosas*, purgarlas, no del pecado, que no las inficionaba todavía, sino de su flaqueza é indignidad naturales, para referirlas á Dios, su único fin. Debiendo encarnarse con este fin, que la criatura no hubiera podido alcanzar nunca por sí misma, por la distancia insuperable que separa lo finito de lo infinito, puede decirse que desde el orígen de la raza humana, era *suya*, y que El estaba comprendido en ella, puesto que debia salir de la misma como el

fin de la creacion en su humanidad. El futuro Adam estaba en el primero.

Pero habiendo incurrido en la condenacion el primer Adam, en cuyo libre albedrío se balanceaba todo el destino de su raza, el futuro Adam, Jesucristo no solamente tuvo que reparar la imperfeccion natural de la criatura para hacerla digna de su fin, sino que tuvo que redimirla del pecado y reconciliarla con su Autor. Su derecho de nacimiento debió trasformarse entonces en derecho de conquista. Debió revestir un modo expiatorio y pasar por los padecimientos, para entrar y hacernos entrar con él, por su gracia, en la gloria.

Jesucristo es asi para el mundo, al mismo tiempo que el mundo es para Jesucristo, y estas dos verdades están en mútua dependencia.—En el órden general de la Creacion, es la razon del mundo, el Señor á quien ha sido dado todo en herencia: el mundo es para él. En el órden de la Redencion es el Salvador; él es quien es para el mundo.—Reuniendo estos dos caractéres, Jesucristo es el Salvador del mundo, de quien es Señor; es un Rey que se da por los que le han sido dados.

«Padre mio, decia en el momento de su sacrificio, glorifi»ca á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á tí, porque le »has dado poder sobre toda carne, para que todo lo que le dis»te á él les dé á ellos vida eterna (1).» Donde se vé el Poder primordial de Jesucristo en la humanidad que le fue dado y á la cual él se dió despues.

Apresurámonos á decir que esta doctrina no es una vana especulacion, sino que en este plan viene á resplandecer la vida misma del Cristianismo.

Esta vida consiste en un sentimiento único que todo lo ilumina y lo calienta: el Amor.

Dios es Amor (2), y siendo el Cristianismo la manifestacion

(1) S. Juan, XVII, I, 2.
(2) 1.ª Ep. de San Juan, IV, 8.

de Dios, es por escelencia la religion del Amor. Lo cual hacia decir á la princesa Palatina, cuyo gran talento habia esperimentado tanta dificultad en entrar en la fé que llegó á ser desde entonces su vida: Desde que plugo á Dios hacer sentir á mi corazon *que su amor es la causa de todo cuanto creemos*, esta respuesta me persuade mas que todos los libros (1).

Demostremos algun tanto esta grande y hermosa verdad.

La Creacion, primeramente, fué un acto de amor. Dios se basta á sí mismo sin duda alguna, en su Santísima Trinidad; pero el Amor que es su vida interior, yendo mútuamente del Padre al Hijo, de donde procede eternamente, el mismo Amor quiso darse participantes. A este efecto, creó la naturaleza angélica y la naturaleza humana á su semejanza, capaces de conocer y de amar como él, y encendió en ellas esa necesidad infinita de conocimiento y de amor que debia satisfacer para asociarles á su felicidad. Creó para el hombre todo este mundo visible de las naturalezas inferiores, sobre las cuales le dió poder, ese poder de que solo tenemos restos, y por el cual, apropiándoselas, el hombre debia hacerlas entrar en su adoracion. Despues, para enlazar al hombre y con él á toda la creacion, á su Principio, para hacerle digno de su amor eterno, y que participara de él, El mismo Dios en su Hijo resolvió tomar en sí la humanidad; y debiendo encarnarse este Hijo, recibió en su humanidad propia, *poder sobre toda carne*. De esta suerte era la creacion el patrimonio del hombre, y el hombre el patrimonio del Hombre Dios. Finalmente este Hombre Dios mismo no recibió este patrimonio universal sino para referir su conjunto á la gloria de su Padre, y terminar este designio de union y de amor, haciéndonos los coherederos de su Reino y los hijos adoptivos de la suprema Paternidad.

En este divino sistema, Cristo es como el corazon. Abrá-

(1) Bossuet, *Oracion fúnebre á Ana de Gonzaga*.

sale un doble amor; el amor de los hombres del cual es Señor, y el amor de su Padre, de que se ha hecho súbdito.

Este Padre, por otra parte, el Dios invisible, que ama infinitamente á su Hijo en sí mismo, como la imágen de todas sus perfecciones, sigue este divino objeto de su amor eterno en la humanidad que éste se ha revestido, y se prenda con el mismo amor por la humanidad en general, por el valor que esta recibe de pertenecer al Cristo, á la vez Hijo de Dios é Hijo del hombre.

Digo con el mismo *amor*; y es el mismo Jesucristo quien nos lo ha dado á entender con aquellas palabras de la oracion que dirige á su Padre: «Los amaste como me has amado:» *Dilexisti eos, sicut et me dilexisti* (1). Y en efecto, siempre que se trata del amor de Dios al hombre, la lengua sagrada agota las espresiones del amor infinito.

Hé aquí, pues, la respuesta á este grito del cántico sagrado: «¿Qué es el hombre para que tú te acuerdes de él, ó quién es el Hijo del hombre para que vengas á visitarle (2)?» La complacencia de Dios para con el hombre y para con todo el mundo de la creacion no es mas que la efusion de la complacencia que tiene por su *Hijo amadísimo en quien ha puesto toda su complacencia* (3). Eso es lo que vale al hombre este amor infinito de que es objeto, y cuya infinidad sin esto no estaria en relacion con nuestra naturaleza.

Este es el fuerte de la Fé, que consiste y se resume en creer ¡Qué! El Amor que Dios ha tenido por nosotros, segun aquella hermosa palabra del Discípulo del amor: «¡Y hemos creido en el amor que Dios ha tenido por nosotros (4)!»

¡Pero cómo creer en semejante amor!

(1) San Juan, XVII, 23.
(2) Salmo VIII, 5.
(3) San Mateo, III, 17.
(4) 1.ª Epístola de San Juan, IV, 16.

Por la misma razon que hace que no creamos en él: su infinidad.

«No es, en efecto, creible como lo decia la princesa Palatina que un Dios ame infinitamente, y dé en su consecuencia, prueba proporcionada á la infinidad de su poder (1)?»

No seria necesario mas que esto para creer en el Cristianismo, único entre todas las religiones, ninguna de las cuales ha tenido la idea tan solo de ser la religion del amor, y de tal amor. El Cristianismo se halla enteramente penetrado y embalsamado con el. La suave mision del amor fluye de toda su economía.

Esto es lo que se ostenta, sobre todo, en el gran Misterio de la Redencion, sobre el que debemos detener mas particularmente nuestras miradas.

El hombre era ya querido á Dios, como hecho á su semejanza; y si nos fuera posible representárnoslo en la belleza primitiva de su creacion, no nos admiraríamos tanto de la complacencia de Dios por tal sér. Pero en el estado de degradacion y de envilecimiento en que se halla actualmente, estado que le causa horror á él mismo, no concebimos ya este amor de Dios en el mismo grado, y con mayor razon en un grado infinitamente superior, puesto que donde ha abundado el pecado, sobreabunda este amor. Pero no perdamos nunca de vista la gran razon que lo esplica; que debiendo salir el Hijo de Dios de la raza del culpable por la humanidad que debia tomar de él, hallábase contenido en esta desde entonces.

El mundo estaba ya salvado, en consideracion á Jesucristo que debia salvar al mundo. Lo que debia ser, lo era ya, y *el Cordero se habia inmolado desde el orígen del mundo* (2). Este es ya el lazo que, á diferencia del Angel apóstata, retuvo á la humanidad sobre el abismo de la condenacion eterna. Así

(1) Bossuet, *Oracion fúnebre de Ana de Gonzaga.*
(2) *Apocalipsis*, XIII, 8.

vemos que á este Angel apóstata que se lisonjeaba de haber arrastrado á la humanidad culpable, se le opone desde entonces Cristo, descendencia de la mujer (1). Jamás se abrogan los planes de Dios por la mala libertad de su criatura; por el contrario, enriquécense siempre por ello. De aquí la Redencion, superior en amor á la Creacion y en razon del pecado mismo.

Asi el Hijo de Dios prometido á la humanidad en su primer belleza, no renunciará por la perdida de esta belleza, á desposarse con ella. Su emulacion de amor hácia ella será mayor en proporcion de la fealdad que le ha sobrevenido. A la manera que un brasero sumamente encendido que lo que debería estinguirlo, solo sirve para encenderlo mas, este amor se acrecentará por compasion, segun estas magníficas y conmovedoras palabras de un Profeta: *In charitate perpetua dilexi te; ideo atraxi te miserans.* «Te amé con un amor eterno, y por eso te atraje á mí porque tuve compasion de tí (2).» Y pondrá todo su ardor y celo, el Hijo de Dios, en llamarse *Hijo del hombre.* Este será su título predilecto, *y sus delicias serán estar con los hijos de los hombres* (3).

Sin duda, será preciso desposarse para ello con toda la fealdad de la humanidad, con las miserias y los padecimientos que son su consecuencia: será preciso hacerse de linage pecador salvo, el pecado, para llevar su expiacion y reservarnos todos los méritos de esta substitucion divina; será necesario nacer en un pesebre y morir en una cruz, desde lo alto de la cual tan solo *podrá atraerlo todo á Sí.* ¿Pero de que sirven los obstáculos á todo verdadero amor, sino de provocarlo, y qué es el amor de un Dios teniendo á su servicio la Omnipotencia? Vendrá pues aquel Bien amado, cuya voz háse oido á lo lejos,

(1) *Génesis*, III, 15.
(2) Jeremias, XXI, 3.
(3) *Proverbios*, VIII, 31.

saltando por los montes y brincando por los collados. « *Vox Dilecti; ecce Iste veniet saliens in montibus, transiliens colles,* á decir á la humanidad: Levantate y ven, Amada mia, porque ha pasado el invierno, han cesado las lluvias y comienza la primavera (1).»

¡Locura! direis vosotros ¡Amor! Diremos nosotros: *Dios es amor, nosotros hemos creido en el amor que ha tenido Dios por nosotros;* y quien no crea en esta locura, hallase afectado por la peor de todas:

Demostremos, en efecto, que lo que nos parece locura en este amor, no es mas que lo que escede infinitamente á nuestra capacidad de sentir y de concebir, y que en Jesus crucificado resplandece la Sabiduría infinita.

Esta materia es inagotable; pero en el punto en que nos encontramos, podemos y debemos mas bien resumirla que desarrollarla.

Ya lo hemos demostrado bastante en la parte histórica de este escrito para tener necesidad de volver á ella: todos los testimonios del linage humano convergen á esta verdad: que la humanidad por algun gran crímen que cometió en sus autores, lleva el peso de una maldicion hereditaria. Las miserias y la muerte han entrado en este mundo como un castigo del pecado, y esta condenacion se prolongaria eternamente en el otro, mientras no se expiase el pecado que la lleva consigo. Pero el género humano no ha creido menos en el dogma de la expiacion, y lo ha profesado universal é incesantemente en la práctica de los sacrificios: Sacrificios, no de simple ofrenda, sino de inmolacion de víctimas y de su *substitucion* al hombre pecador. Este es el fondo de todas las religiones y el hecho mas indestructible que existe en el mundo. Ha habido rompimiento y reconciliacion entre el cielo y nosotros;

(1) *Cantico de los canticos*, II, 11.

siendo esto de continuo como la expiracion y la aspiracion de la humanidad.

De aquí que haya que resolver este problema: hallar entre el cielo y la tierra un Mediador bastante grande, una Víctima bastante santa, y al mismo tiempo, con un amor hácia el uno y la otra bastante fuerte, cuya inmolacion voluntaria expie el crímen de la tierra y aplaque la cólera del cielo por medio de un sacrificio, que partiendo de la humanidad culpable, llegue á la Divinidad ofendida, y colme con su mérito el abismo abierto entre las dos.

Todos los sacrificios de animales eran para esto en estremo impotentes. Era necesario el hombre, el mismo culpable: de aquí los sacrificios humanos. Mas por lo mismo que era culpable ¿cómo podia encontrar el hombre en sí un mérito cualquiera suficiente para rescatarles toda la humanidad hubiera sido inútil para esto. Hubiera sido necesario que fuese culpable y no culpable; culpable por inculpacion del pecado total, y exento de todo pecado propio. Mas aun esto no hubiera sido suficiente; porque esta exencion de pecado, si bien hacia elevarse al hombre pecador al nivel del hombre inocente, dejaba subsistir toda la distancia que hay del hombre inocente á Dios, esta misma distancia que el crímen del hombre no habia temido salvar, igualándose el mismo á Dios. Debiendo ser proporcionada la expiacion á la ofensa, era preciso que lo fuese hasta igualar á Dios, como esta. Asi lo requeria la justicia, y el antiguo oráculo de esta justicia habia encontrado su espresion en estas palabras dichas al *hombre-humanidad* Prometeo; NO ESPERES QUE TERMINE TU SUPLICIO, HASTA QUE SE OFREZCA UN DIOS PARA SUSTITUIRTE EN TUS PADECIMIENTOS, Y QUIERA DESCENDER Á LA MANSION OSCURA DE LA MUERTE (1).

Hasta aquí pues subsistia el pecado, y no solamente subsistia, sino que se agravaba con sus consecuencias. Las religio-

(1) Esquílo, *Prometeo encadenado.*

nes, las filosofías, todos los restos de la buena naturaleza en nosotros, no servian para esto. El mal envenenaba todo remedio. Por mas que se encarrilaba el carro, este se precipitaba y *el mundo iba abismándose en el espacio infinito de la desemejanza.*

Pero Dios cuyo amor es igual á su justicia, y cuya sabiduría encuentra en su santidad y su omnipotencia, con que realizar sus maravillosas invenciones, tenia revervada una solucion, en que se manifestaria enteramente, que habia hecho entrever desde un principio, que habia desarrollado y promulgado sucesivamente por medio de sus Profetas, cuya esperanza llevaba consigo el genero humano en su mismo estravio, y que habia sido aplazada hasta la plenitud de los tiempos, para que el mal fuese mas apto para su curacion, por su misma madurez.

Esta solucion es la siguiente:

«Dios amó tanto al mundo que le dió á su Hijo único (1):» este mismo Hijo al cual habia sido dado el mundo.

Y este Hijo, revalizando en amor con su Padre, provoca este don de sí mismo, ofreciéndose: «Tu no has querido sacrificio ni ofrenda, dice á su Padre; mas á mi me das apropiado un cuerpo mortal,» este mismo cuerpo al cual incorporándome la creacion debia reinar sobre ella: y entonces, he dicho: Héme aquí que vengo segun está escrito de mi al principio del Libro, para cumplir, oh Dios! tu voluntad (2).» Y entonces todas las profecías; todas las esperanzas con que habia vivido hasta allí el genero humano se consuman: EL CRISTO ES ENTREGADO Á LA MUERTE Y QUEDAN ABOLIDOS TODOS LOS DEMAS SACRIFICIOS, en cumplimiento literal de la Profecía. (3).

«En lugar de que todo sacerdote de la antigua ley, dice

(1) San Juan, III, 10.
(2) *A los Hebreos*, X, 6, 7.
(3) *Daniel*, 26, 27.